

Dedicatoria

A mi familia: mis hijos, David y Maricarmen; la madre de mis hijos, Maricarmen; y mi nieta Martina.

*A mis padres, cuya fortaleza y amor fueron el faro que me guió.
A las almas que encuentran en lo cotidiano la esencia de la vida.
Este libro es para todos los que saben escuchar las historias que yacen
bajo la superficie.*

Crónicas de lo Cotidiano, Historias de Vida y Legado

Autor: Fran Hidalgo Preciado

Descripción del Autor

Fran Hidalgo Preciado

Estudiante de Derecho, Criminología y Ciencias Jurídicas de las Administraciones Públicas, apasionado por la escritura y comprometido con la defensa de la legalidad y los valores sociales. Autor de la novela "El enigma de la gruta", Fran combina en sus relatos la observación crítica de la sociedad con un estilo reflexivo y cercano. Natural de Sevilla, encuentra en las historias cotidianas la inspiración para dar voz a los matices de la experiencia humana.

Índice

- 1. Parques sin mayores, plazoletas sin historias*
- 2. El enano de la venta andaluza*
- 3. La catedrática y la mujer del comisario*
- 4. Barrios del extrarradio*
- 5. Perder el miedo al miedo*
- 6. Blanco y sin borrón*

7. Ilusión Mortal

8. Un cierre esperanzador

9. Del bombo y platillo a oscuras y en vela

10. Pequeños y valientes héroes

11. La señora enjuta

12. Ausencia consciente

13. El policía Matías

Crónicas de lo Cotidiano.

Historias de Vida y Legado.

RELATO N°1.

Parques sin mayores, plazoletas sin historias"

Capítulo 1: "No quiero ser un anciano sistematizado"

No quiero ser un ciudadano anciano de los de ahora. No quiero ser un hombre vetusto sistematizado, encajonado en rutinas que otros diseñaron para mí. No quiero ser "recogido" en esas salas socializadas donde nos colocan a jugar a los aros, a tirar una pelotita o a contar cuentos que ni los niños ya escuchan. No quiero regresar a ser niño; mi tiempo de infancia ya quedó atrás, grabado en el cuero de mi memoria. Soy un anciano, un hombre maduro. Y no quiero residencias de día, ni de noche, ni de aros, ni de terapias forzadas que me devuelvan algo que no perdí.

Quiero ser como mi padre, como mi abuelo: libre. Libre para envejecer en mi hogar, en mi rincón, en mi mundo, como antaño. Quiero vivir rodeado de las historias que construí, no de las que me obliguen a contar. Quiero que mi vejez sea una extensión de mi vida, no un epílogo impuesto.

Añoro aquellos otros tiempos, los de los parques con aroma a azahar y plazas que recogían a los mayores bajo su manto de luz y tierra. Allí estaban esos seres maravillosos, llenos de sabiduría, bondad y un toque de aspereza amable. Sentados al "solecito" en el banco de su plazoleta o parque, con una conversación siempre lista para ser compartida. Diálogos con los vecinos, anécdotas de juventud, historias de sus pueblos y aldeas que caían de sus labios como si fueran joyas antiguas, pulidas con el tiempo.

Recuerdo la banda sonora de esos momentos: el bullicio de los niños que jugaban a la comba, al aro, al escondite, a la lima y el limón. El eco de una cometa surcando el cielo y las risas que estallaban cuando alguien conseguía alcanzar el platillo al vuelo. Eran tiempos de olor a albero, a leña ardiendo en las chimeneas y a la tierra húmeda tras la lluvia. Tiempos donde los parques eran algo más que espacios verdes; eran refugios de humanidad.

Hoy los bancos están vacíos. O peor aún, ocupados por soledades calladas, por ancianos que ya no cuentan historias, que se esconden tras las pantallas de sus móviles o se quedan mirando al suelo, en silencio, como si ese fuera el único consuelo que les queda. Ya no hay olor a azahar en las plazoletas. Solo el frío de la indiferencia y el eco apagado de risas que no se escuchan.

Quiero que los parques vuelvan a ser lugares de encuentro, no de olvido. Que las plazoletas recuperen su alma, esa chispa que hacía que cada esquina tuviera una historia, cada rincón un susurro de lo vivido. No quiero vivir mi vejez como un trámite; quiero vivirla como un homenaje a lo que soy y a lo que fueron aquellos que vinieron antes que yo.

Quiero dejar de añorar y volver a sentir. ¿Es demasiado pedir?

Capítulo 2: "Plazoletas vacías y mentes llenas de ruido"

Todo es diferente. El mercado nos ha sistematizado, nos ha moldeado a su imagen y semejanza. Hoy, las plazoletas y los parques están vacíos de humanidad, vacíos de bondad. En su lugar, están llenos de botellonas, desilusión y desesperanza. Los espacios que alguna vez fueron refugios para el alma ahora son escenarios de ruido y olvido.

Los principios de hoy se basan en una competencia brutal, en lo material. Ya no vivimos; sobrevivimos. Queremos todo y, paradójicamente, no tenemos nada. El tiempo, ese que antes nos permitía observar el vuelo de una mariposa o escuchar una conversación en un banco, ahora es un lujo. Vivimos estresados, atrapados en la velocidad de lo tecnológico. Nos hemos convertido en robots, enganchados a dispositivos móviles, ordenadores y tabletas, esclavos de una conectividad que nos desconecta de nosotros mismos.

Estamos deshumanizados. Perdemos la madurez del pensamiento, esa que alguna vez se medía por la coherencia, la capacidad de reflexionar y el valor de transmitir ideas propias. Pero hoy, esas ideas ya no provienen

de nosotros. Nacen de las máquinas, de los algoritmos que nos dicen qué pensar, qué comprar, cómo vivir. Somos un eco de los chips que los mercados sacaron de la chistera para determinar nuestra existencia.

El dinero ya no nos pertenece. Nos lo arrancaron de las manos para encerrarlo en un entramado digital del que no somos dueños. No podemos guardarlo en casa, sentirlo entre los dedos, decidir libremente sobre él. Ahora es un número en una pantalla, un recurso que otros gestionan con la promesa de seguridad, pero que en realidad controla nuestras decisiones.

"Su dinero", no el nuestro. Porque, aunque trabajemos para ganarlo, realmente no nos pertenece. Nos lo prestan, nos lo dirigen, nos lo dosifican. Nos han convencido de que necesitamos este sistema, cuando en realidad el sistema necesita que estemos sometidos.

Las plazas vacías son un reflejo de nuestras almas ausentes. Allí donde antes había historias y risas, ahora hay silencio y pantallas. La madera de los bancos ya no escucha anécdotas ni debates; solo soporta el peso de soledades compartidas en redes sociales. Somos sombras de lo que fuimos, y las máquinas han ocupado el espacio donde antes reinaban las ideas.

¿Hay esperanza? Tal vez. Pero solo si somos capaces de volver la mirada hacia los parques y las plazoletas, hacia los rincones donde una vez nos encontramos a nosotros mismos. Porque si algo está claro, es que no podremos recuperar el tiempo perdido, pero aún podemos salvar el tiempo que nos queda.

Capítulo 3: "El ocaso de los sabios"

No quieren ancianos en los parques y plazoletas. Dan mala imagen a lo tecnológico. Sus presencias contrastan con el brillo de los dispositivos, con el ajetreo de una juventud absorbida por las pantallas. No quieren que los ancianos cuenten sus "batallitas", que compartan sus vivencias o

sus verdades incómodas. Prefieren silenciarlos, confinarlos en un rincón donde nadie los vea, donde sus palabras no interrumpan la narración perfecta de este nuevo mundo sistematizado.

Es más elegante, más social y aparentemente más “divertido” encerrarlos en un centro de día. Que jueguen a los aros, a la pelotita, que hagan manualidades insulsas en lugar de transmitir su legado. Que estén distraídos y callados, apartados

del flujo de la vida, mientras sus historias se desvanecen en el olvido.

Pero estas personas, estas almas longevas que tienen la fortuna de llegar a mayores, cumplen un ciclo tan valioso como cualquier otro en la vida. Tienen una fecha de caducidad, sí, como todo ser vivo. Una fecha que no está impresa, ni marcada, pero que inevitablemente llegará. ¿Acaso por eso debemos tratarlos como mercancía en descuento?

Nos hemos preguntado alguna vez: ¿qué desean realmente nuestros abuelos, nuestros padres? ¿Les preguntamos si quieren pasar sus días encerrados en un local sistematizado? ¿Si prefieren el aire fresco de un parque, el bullicio de la vida a su alrededor, el sonido de los pájaros?

No marques una vida que no es tuya. Los ancianos no son piezas defectuosas en un engranaje perfecto. Son los guardianes de la memoria, los narradores de historias que nos enseñan a ser más humanos. Pensemos por un momento en la bondad, en la humanidad que deberíamos preservar.

Algún día, si el sistema no te elimina antes, también llegarás a viejo. También tú tendrás arrugas que contar y recuerdos que proteger. Y tus hijos, que habrán aprendido de ti, probablemente serán como tú: egoístas, materialistas y sistematizados. Cuando llegue ese día, ¿crees que te preguntarán si quieres ir a una “jaula”?

—¡No, gracias! — sería la respuesta de cualquier persona con dignidad. Quiero ir al monte, a la playa, a donde me venga en gana. Quiero

quedarme en mi hogar, entre mis cosas, con mis recuerdos. Y si mis hijos no me quieren, que se vayan ellos. Pero no permitiré que me "democraticen" o me "socialicen" mecánicamente.

Los ancianos no son un problema que resolver. Son un tesoro que proteger. Si los encerramos, estaremos negándonos a nosotros mismos. Porque no son solo los ancianos quienes pierden; es la humanidad la que se desmorona en el vacío de la indiferencia.

Capítulo 4: "El espejismo de la supremacía"

Pensamos con un grosero chovinismo que la especie humana es la reina de la creación. La iglesia nos asegura que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, una afirmación que algunos aceptan con una fe ciega, mientras otros alzan las cejas con escepticismo. Por otro lado, Darwin y sus discípulos nos colocan en el pináculo de la pirámide evolutiva, un logro que debería llenarnos de orgullo, aunque con frecuencia se traduce en arrogancia.

Pero ¿realmente somos tan superiores? Hoy sabemos que el número de genes necesarios para constituir un hombre es solo el doble de los que necesita un gusano. ¿El pináculo de la evolución? Tal vez, pero en términos de genética, no estamos tan lejos de arrastrarnos por el suelo. Para empeorar las cosas, compartimos un 97% de nuestro material genético con los gorilas. Ese escaso 3% que nos diferencia parece estar dedicado, entre otras cosas, a construir rascacielos, diseñar dispositivos electrónicos y, claro, destruir el planeta.

El planeta y sus habitantes estamos en grave peligro. No por culpa de catástrofes naturales o invasiones extraterrestres, sino por la proliferación del ser humano y su delirio de superioridad. Hemos erigido un sistema que nos permite explotar, consumir y desechar sin medida. Dominamos a nuestros semejantes con prepotencia, arrasamos con el entorno y luego,

hipócritamente, nos lamentamos del cambio climático o de la extinción de especies.

Nos creemos avanzados, pero hemos olvidado lo esencial: ¿de dónde venimos y hacia dónde vamos? Estamos aquí, existimos, pero no sabemos vivir. Nos conformamos con el espejismo de la modernidad, mientras dejamos que políticos arrogantes decidan cómo debe ser nuestra vida, cómo deben ser nuestras ciudades y, por supuesto, qué papel deben jugar los ancianos en esta sociedad desalmada.

Es hora de replantearnos todo. ¿Queremos un futuro hecho de jaulas modernas para nuestros mayores? ¿Un mundo donde las calles y parques sean solo un recuerdo en sepia? Tal vez, si los políticos que gobiernan este país aprendieran a ser más "monamente" en lugar de arrogantes, podríamos redescubrir lo que significa vivir en comunidad. Tal vez, si gobernaran como verdaderos líderes y no como máquinas de decisiones burocráticas, podrían preguntarnos cómo queremos vivir.

La respuesta es sencilla: queremos volver a los parques, a las plazoletas. Queremos sentarnos en bancos compartiendo historias y risas, con niños corriendo alrededor, no con miradas ausentes pegadas a una pantalla. Queremos que las calles vuelvan a ser el alma de nuestras ciudades, no un mero tránsito hacia los centros comerciales.

Renaceremos. Tomemos las calles y las plazoletas, recuperemos los parques. Porque en ellos reside la verdadera humanidad, la esencia de lo que somos y de lo que podemos volver a ser.

Capítulo 5: Los ecos del silencio

El parque estaba vacío. Los bancos de madera, carcomidos por el tiempo y el desuso, eran testigos mudos de un pasado donde las voces de los mayores llenaban el aire con historias, consejos y risas. Ahora, lo único que quedaba era un silencio espeso, roto ocasionalmente por el zumbido

de una motocicleta o el estruendo de una botella rompiéndose en algún rincón oscuro.

Francisco, un anciano de 82 años, se sentó en uno de esos bancos. Su rostro curtido por los años parecía una fotografía en blanco y negro, cargada de memorias. Había decidido desoír las súplicas de sus hijos que insistían en ingresarlo en un centro de día. Él no era un mueble viejo para ser guardado. Era un hombre con historias, con raíces que se hundían en el suelo fértil de su pueblo, y con un alma que aún anhelaba compartir.

—Antes aquí jugábamos a las cartas, hablábamos de la vida, los niños corrían entre nosotros... —murmuró, acariciando su bastón.

A su lado apareció una joven, casi como salida de la nada. Llevaba un libro bajo el brazo y una mirada curiosa.

—¿Puedo sentarme? —preguntó con una sonrisa tímida.

—Claro, hija. Aquí siempre hay sitio.

La joven se presentó como Martina, una estudiante de historia que investigaba sobre la vida en las comunidades rurales de los años 60 y 70. Mientras hablaban, Francisco se animó y comenzó a narrar anécdotas de su juventud. Historias de amores fugaces, de la cosecha del trigo bajo un sol abrasador, de cómo construyeron con esfuerzo la pequeña escuela del pueblo.

Pronto otros ancianos comenzaron a acercarse, atraídos por las risas y las voces. Era como si Francisco hubiera encendido una chispa que llevaba tiempo dormida. Sin darse cuenta, los bancos se llenaron de vida. Las historias comenzaron a entrelazarse, formando una red invisible que unía generaciones.

Alba tomó notas, pero más que escribir, absorbía la calidez de aquellas narraciones. Se sintió conectada, como si por un momento hubiese viajado a un mundo más sencillo, más humano.

Cuando cayó la noche, el parque había recuperado algo de su esencia. Los ancianos regresaron a sus casas, pero con una sonrisa en los labios. Por primera vez en años, no se sentían como sombras en un mundo que avanzaba demasiado rápido.

Capítulo 6: El renacer de las plazoletas

El impacto de aquella tarde en el parque fue más profundo de lo que cualquiera podía prever. Martina, motivada por lo que había vivido, decidió organizar encuentros semanales en aquel lugar. Los llamó "Historias al aire libre". Invitó a vecinos de todas las edades a sentarse en círculo, compartir relatos, cantar canciones de antaño y debatir sobre temas de interés común.

Lo que comenzó como un pequeño grupo fue creciendo semana tras semana. Los niños, atraídos por la curiosidad, comenzaron a escuchar las historias de los mayores. Pronto dejaron las pantallas y las consolas para correr tras pelotas de trapo, aprender juegos antiguos y escuchar cuentos al atardecer.

La iniciativa captó la atención de los medios locales. El pequeño parque, que antes estaba olvidado, se convirtió en un símbolo de resistencia contra la deshumanización. Las plazoletas de otras ciudades siguieron el ejemplo. Grupos de vecinos comenzaron a ocupar los espacios públicos, devolviendo a las calles el bullicio de risas y conversaciones.

Francisco, ahora convertido en una especie de figura central del movimiento, solía decir: —No queremos ser un pasado olvidado. Queremos ser un presente vivo que inspire el futuro.

Los políticos, presionados por la visibilidad del fenómeno, anunciaron reformas para mejorar las condiciones de vida de los mayores. Prometieron más parques, más actividades al aire libre y menos encierros forzados en centros estériles.

El último encuentro de "Historias al aire libre" de ese año fue especial. Martina presentó un libro que recopilaba las historias de aquellos ancianos, titulado "Parques sin mayores, plazoletas sin historias". Francisco fue el encargado de leer el prólogo: —Estas páginas son nuestra herencia. No son solo palabras; son las raíces que nos sostienen. Gracias por recordarnos que aún tenemos un lugar en este mundo.

Cuando terminó de leer, el parque estalló en aplausos. Los ancianos, con lágrimas en los ojos, se abrazaban entre ellos, conscientes de que habían logrado algo importante.

Esa noche, las luces del parque brillaron más que nunca. No eran las farolas, sino las almas de quienes se habían atrevido a luchar por lo que realmente importaba: la conexión humana, el calor de las historias y el derecho a ser parte de la vida, hasta el último aliento.

Capítulo 7: Un festejo para recordar

El sol brillaba con fuerza aquella mañana de primavera. En el centro de la plazoleta recién restaurada, un grupo de familiares trabajaba incansablemente para montar lo que sería el evento más especial que el barrio había visto en años: un homenaje a los mayores. Martina, una joven entusiasta con una sonrisa contagiosa, lideraba la organización junto a su tía Mari Carmen y su padre, David.

—¡Evaristo, ten cuidado con esa escalera! —gritó Mari Carmen al ver al anciano subido en la estructura mientras colgaba una piñata con forma de sol.

—Tranquila, hija, que a mí no me tumban ni los años —respondió Evaristo mientras ajustaba la cuerda con precisión.

El parque lucía irreconocible. Una gran carpa blanca, adornada con guirnaldas de colores, se erguía en el centro, rodeada de mesas largas llenas de comida casera: empanadas, tortilla de patatas, buñuelos y bandejas de frutas frescas. Los niños corrían entre los árboles, colgando dibujos hechos por ellos mismos, retratos de sus abuelos y frases como "Las historias no mueren, viven en los mayores".

Había música en el aire. Un grupo de músicos locales afinaba sus instrumentos para tocar pasodobles y sevillanas. Mientras tanto, Mari Carmen supervisaba la decoración de una pared de fotografías antiguas. Allí estaban retratados los abuelos y bisabuelos de muchas familias del barrio, en blanco y negro, con sus trajes de boda, sus días de feria o simplemente disfrutando de momentos en las plazoletas de antaño.

—¿Quién trajo más piñatas? —preguntó Martina mientras anotaba los últimos detalles en su libreta.

—¡Yo! —exclamó Evaristo desde el otro lado del parque, sosteniendo una piñata gigante con forma de reloj de péndulo—. Para que nunca olvidemos que el tiempo es valioso, ¡y hay que vivirlo bien!

A medida que se acercaba el mediodía, la plazoleta comenzó a llenarse. Ancianos con bastones, jóvenes empujando sillas de ruedas, padres con niños de la mano y adolescentes con cámaras en mano para grabar el evento. Entre ellos, Francisco, con su bastón y su eterna sonrisa, se acercó al escenario. Había sido invitado a dar un discurso especial.

—Bienvenidos todos —dijo, su voz temblorosa pero llena de emoción—. Hoy no solo celebramos a los que estamos aquí, sino a los que nos precedieron y nos enseñaron que la vida es mejor cuando se comparte. Este parque, estas calles, estos momentos... son nuestros. Y no dejaremos que nadie nos los arrebate.

Los aplausos resonaron mientras los músicos comenzaban a tocar. Los niños, emocionados, rompían las piñatas que liberaban caramelos y pequeños pergaminos con mensajes de sabiduría escritos por los ancianos del barrio.

—“Escucha más, habla menos”, decía uno.

—“La felicidad no se compra, se vive”, rezaba otro.

El ambiente era de pura alegría. Las risas, las anécdotas y los bailes llenaron cada rincón del parque. Evaristo, con su sombrero de ala ancha, no dejó de bailar ni un momento, mientras los niños se turnaban para girar con él al ritmo del pasodoble.

Cuando llegó la tarde, Martina tomó el micrófono para dar unas palabras de cierre.

—Hoy hemos demostrado que no importa cuán moderno sea el mundo, siempre habrá un lugar para nuestras historias, para nuestros mayores, para nuestras raíces. Este festejo es solo el comienzo. A partir de ahora, cada año celebraremos el Día de los Mayores, para recordar que el verdadero progreso está en mantenernos unidos como comunidad.

La multitud estalló en vítores. Francisco, desde su banco habitual, miró a Martina con lágrimas en los ojos y aplaudió con fuerza.

—Eso es, niña, eso es.

Cuando el sol comenzó a ocultarse, las luces colgantes del parque iluminaron la plazoleta. La última canción resonaba mientras todos, jóvenes y mayores, bailaban bajo la carpa, entre guirnaldas y piñatas.

La noche cerró con abrazos y promesas de seguir luchando por un mundo donde las historias no se olviden, donde las plazoletas y parques vuelvan a llenarse de vida, y donde la humanidad triunfe sobre cualquier intento de deshumanización.

Y así, el parque, el barrio y las familias renacieron, recordando que los ancianos no son el pasado, sino la sabiduría que guía el presente y siembra el futuro.

RELATO N°2.

El enano de la venta andaluza.

CAPÍTULO 1: El enano de la venta andaluza

Hace unos años, volvía de Figueras, al norte de Gerona, hacia mi querida Sevilla. Había pasado una semana trabajando en “Terra Mágica,” un parque temático tan extravagante como agotador. Tras cinco horas al volante y 480 kilómetros de autopista, llegué a Valencia. Hice una breve parada para repostar, tomar un café y estirar las piernas. Decidí continuar hasta Peñíscola, un lugar que siempre me había intrigado con su aire medieval y encanto costero.

Planeaba alojarme en un hotel de cinco estrellas. Pero, ya ves, las cosas no siempre salen como uno espera. El cansancio me venció y acabé optando por algo más modesto: una pensión llamada “Casa Juanita,” situada en la Calle Escuela. Familiar, acogedora y con ese aroma a nostalgia que te hace sentir como en casa.

Subí a la habitación número 25, dejé mi maleta y bajé al salón. Quería relajarme, leer un poco la prensa y disfrutar de algo ligero antes de dormir. La estancia tenía un aire retro, con sillones algo gastados pero cómodos, y una atmósfera tan tranquila que casi podías oír el tic-tac del reloj colgado en la pared.

A mi lado, una señora elegante, rozando los cincuenta, tomaba un té con pastas. Estaba absorta en una revista de moda. Su estilo al vestir, su porte

y esa aura serena la distinguían. En un momento dado, levantó la vista, me miró y sonrió.

—Buenas tardes —dijo, con una voz agradable y segura—. Es la primera vez que le veo por aquí, ¿cierto?

—Así es —respondí, sonriendo de vuelta—. Estoy de paso. Mañana retomo mi viaje hacia Sevilla. ¿Y usted? ¿Es de por aquí?

—Llevo seis años en este rincón del mundo, pero, ¡qué casualidad! Yo también soy sevillana. Siéntese, charlemos. Siempre es un placer hablar con alguien de mi tierra.

No me lo pensé dos veces. Me acerqué, tendí mi mano y me presenté:

—Un placer. Me llamo Alfredo.

—Lola —respondió ella, con una sonrisa que irradiaba calidez—. Encantada.

Desde ese momento, la noche prometía ser más interesante de lo que había imaginado.

CAPÍTULO 2: El pasado de Lola

Mientras compartíamos historias de Sevilla entre risas y alguna que otra lágrima nostálgica, decidí que era hora de que ella hablara.

—Ahora te toca a ti, Lola. ¿Qué hace una sevillana como tú en un sitio como este? —pregunté, curioso.

Lola tomó un sorbo de té y dejó escapar un suspiro.

—Es largo de contar. Pero antes, olvídate de los formalismos. Llámame Lola, sin más.

—Perfecto, Lola. Ahora cuéntamelo todo —dije, acomodándome en la silla.

—Verás, hace años, ya desaparecido mi marido... —dijo, haciendo una pausa.

—Lo siento, no quería recordar algo doloroso. ¿Qué ocurrió?

—No te preocupes. Desapareció sin más. Dijo que iba a por tabaco y nunca volvió. Al principio fue un golpe, pero ahora lo cuento con humor. Ya lloré lo mío. Ahora toca vivir.

—¿Y cómo acabaste aquí?

—Trabajaba como cocinera en una venta en la sierra norte, a unos 60 kilómetros de Sevilla. Salía temprano y volvía tarde. Pero lo peor no era el horario, sino un personaje que frecuentaba el lugar.

Lola hizo una pausa dramática y continuó:

—Un señor bajito, rechoncho y con cara de malas pulgas. Le apodaban “el enano de la venta.” Venía con su mujer, una señora igual de rechoncha, con un trasero que parecía un tambor rociero. Comían como si no hubiera mañana, especialmente él.

Lo que siguió fue un relato digno de telenovela: insinuaciones, notas anónimas y un acoso tan surrealista como molesto. El “enano” llegó a contar que ella le piropeaba y le tocaba el trasero.

—Imagínate, Alfredo. El muy patán incluso se hacía llamar “el agente 07.” —Lola se rió amargamente—. Al final, vendí mi casa y me vine aquí, a este rincón donde nadie me conoce y el enano no puede encontrarme.

Quedé boquiabierto. La historia era tan increíble que parecía sacada de una novela de misterio.

CAPÍTULO 3: ¡Qué horror!

Una voz interrumpió nuestra charla. Era una señora mayor, sentada en la mesa de al lado. Había estado escuchando con atención.

—¡Qué horror! —exclamó, con un marcado acento británico—. Perdonen si meto la oreja, pero es que yo también tuve un novio pequeño, calvo y barrigón. ¡Fue un infierno!

—¿Usted también, señora? —preguntó Lola, sorprendida.

—Ande, ande —dijo la señora con una sonrisa maliciosa—. Cuando me cansé de él, le di un empujón y lo tiré al Támesis. Pero esa es otra historia.

Lola y yo nos miramos incrédulos. La señora continuó, sin inmutarse.

—Yo ahora uso el “mujerismo.” Nada de aguantar tonterías. Los hombres están para divertirnos. ¡Ni más, ni menos!

Tras la interrupción, Lola y yo decidimos que era hora de cenar. Salimos de la pensión hacia el bullicioso centro de Peñíscola. Las calles estaban llenas de luces y música. Entramos en el restaurante “Tío Pepe,” donde disfrutamos de una cena deliciosa.

Lola, relajada, me preguntó:

—¿Y tú, Alfredo? ¿Qué haces por aquí? ¿Tienes pareja?

—Soltero y sin hijos. Mi vida son los coches, mi trabajo y disfrutar cada momento —respondí.

—Con 52 años, Alfredo, ya va siendo hora de que asientes cabeza. Como sigas así, acabarás en el programa de Juan y Medio —bromeó Lola.

Ambos estallamos en carcajadas, mientras la noche terminaba con una promesa tácita de nuevas conversaciones y quizás, quién sabe, aventuras por vivir.

Capítulo 3: ¡Qué horror! (Ampliado)

—¡Qué horror! —exclamó una señora mayor sentada en la mesa de al lado. Era imposible no notar su presencia; llevaba un sombrero de ala ancha decorado con flores de plástico y un chal de encaje verde que no

combinaba con nada—. Perdón si he metido la oreja, señores, pero es que yo tuve un novio pequeñito, inglés para más señas, calvete y barrigón. ¡Ha tenido usted que pasar un infierno!

Lola y yo nos miramos con incredulidad.

—¿Usted también, señora? —comentó Lola—. Por lo que dice del barriga, seguro que tiene más historias que yo.

—Ande, ande, que no es para tanto. —La señora agitó la mano como si espantara una mosca, pero luego se inclinó hacia nosotros con un brillo travieso en los ojos—. Mire, yo cuando me cansé de él, le di un empujón y lo tiré al Támesis. ¡Qué alivio! Me casé con él para hartarme de reír. Yo solo respeté a mi primer marido, Sir Arthur Wallace, millonario a más no poder. Con 30 años quedé viuda, con dos hijos, Leidy y Sir, podrida de millones. Y ahora los hombres los uso para reírme de ellos: niño, chúpame el dedo gordo del pie, dame un beso en el trasero. ¡Ya está bien de machismo! Yo utilizo el "mujerismo", que me va muy bien. Pero eso es otra historia, señora Lola.

No pude evitar soltar una carcajada. Lola, sin embargo, se cruzó de brazos, algo ofendida.

—¿Sabe qué, señora? Tiene suerte de que me pille de buenas. Si no, le diría que no todo el mundo puede salir de los problemas tirando a alguien al río. Y menos si no hay río cerca, como era mi caso.

La señora soltó una risa aguda que resonó en el pequeño salón de la pensión. Luego, con un “aquí me tienen para cualquier consejo” nos dejó en paz y volvió a su revista, como si nada hubiera pasado.

—Lola, lo que cuentas es asqueroso, una pesadilla, no lo puedo creer. ¿No denunciaste, no te vengaste? Es para partirle todos los dientes, como poco al gocho —dije, todavía alterado por el relato del enano acosador.

Lola suspiró, como si ese recuerdo le pesara más de lo que admitía.

—El canalla tenía contactos en algunas dependencias públicas y movía los hilos solicitando favores. Además, era una maruja con voz de pito. Vamos, que en vez de mantener un diálogo normal, su voz parecía salir del más allá, el muy sinvergüenza. Tenía voz de lástima, de hiena asustada cuando quería convencer a las mujeres. Un auténtico psicópata, un amargado, un don nadie. A pesar de esforzarse por dársela de "sabementodo", era un simple ignorante.

—Todo lo que narras es sorprendente, Lola. Sabes, llevamos tres horas hablando, son las diez y media de la noche. ¿Te apetece cenar? Te invito.

Lola levantó la mirada, con los ojos brillando por la emoción y el hambre.

—De acuerdo, Alfredo, cenemos pues.

Salimos de la pensión hacia el centro de Peñíscola. Era el mes de septiembre, las fiestas patronales, y todo era un bullicio de alegría. Las calles estaban iluminadas con guirnaldas de luces de colores que se reflejaban en las ventanas de las casas. El aire olía a pólvora, a churros recién hechos y a mar. El sonido de una charanga se mezclaba con las risas de los niños que corrían detrás de una carroza decorada como un castillo medieval.

Me fijé en el cartel de un restaurante en el centro de la ciudad: «Tío Pepe». Entramos. El camarero, un hombre joven y con una sonrisa impecable, nos atendió raudo, elegante y educado. Era un lugar con manteles de cuadros rojos y blancos, cuadros costumbristas en las paredes y un aire cálido y acogedor.

—Es un buen lugar para comer —comenté—. He leído que los precios están acordes con la calidad, entre 35 y 50 € por persona.

Lola sonrió.

—Eso está muy bien. Yo ya estoy cansada de las cadenas de comida rápida.

Nos acomodaron en una mesa junto a la ventana, desde donde podíamos ver a la gente paseando. Cenamos una deliciosa paella mixta, pulpo a la gallega y, de postre, un «pijama». Así es conocido por mí ese postre: tres bolas de helado de diferentes sabores, medio plátano cortado a lo largo, nata montada y chocolate derretido, adornado con un mini paraguas y otros confetis. Era como una pequeña fiesta en un plato.

—Cuéntame algo sobre ti, Alfredo. Dime, ¿tienes pareja, hijos? No pareces mayor que yo. Dime.

Aparté el tenedor de mi plato y me incliné hacia ella, sonriendo.

—Qué te cuento. Tengo 52 años, soltero, sin hijos y dispuesto a vivir la vida. Trabajo como director de marketing de una importante multinacional. Mi pasión: los coches y las bellas cosas de la vida.

Lola apoyó el codo en la mesa y me miró con curiosidad.

—¿No tienes pareja? —preguntó.

—No, Lola. Una pareja te ata, tiene responsabilidades. Ya tendré tiempo.

Lola alzó las cejas, divertida.

—¿Tiempo dices? —sonrió—. Con tu edad va siendo hora. Como sigas así, terminarás en el programa de «Juan y Medio».

Estallamos en carcajadas. Afuera, los fuegos artificiales iluminaban el cielo y los aplausos de la multitud resonaban en la distancia. Fue un cierre perfecto para una velada que prometía ser el inicio de algo más que una simple amistad.

—¿Sabes qué, Alfredo? No sé por qué, pero siento que nuestra conversación no ha terminado.

—Pues quédate unos días más aquí, Lola. Te prometo que te llevaré a recorrer las mejores vistas de Peñíscola y más allá.

Ella asintió, jugueteando con el paraguas del postre.

—Quizá lo haga. Total, no hay enano a la vista que arruine la experiencia.

Capítulo 4: Festejos y Decisiones

Salimos del restaurante con el ánimo por las nubes. Las luces de las fiestas iluminaban las calles de Peñíscola con un tono cálido y festivo, mientras la música de una charanga nos seguía como un eco alegre. Habíamos tomado unas copitas después de la cena, lo justo para sentirnos relajados y con ganas de continuar la noche. Lola reía con la naturalidad de quien se siente en confianza, y yo no podía evitar contagiarme de su buen humor.

—Qué lástima que tengas que irte mañana, Alfredo —dijo Lola con un gesto de melancolía.

La idea me golpeó en ese momento. Saqué mi móvil del bolsillo, como si ya supiera lo que tenía que hacer.

—¿Sabes qué? No me voy. Me quedo unos días más.

—¿De verdad? —preguntó sorprendida, aunque con una sonrisa que no podía ocultar.

—Por supuesto. —Marqué rápidamente el número de mi secretaria—. ¡Paula, soy Alfredo! Escucha, no vuelvo hasta el lunes. Hazte cargo de todo, tú puedes con ello.

Desde el otro lado del teléfono, Paula respondió algo que no entendí del todo entre el bullicio de la calle, pero su tono era el de una profesional resignada. Colgué y miré a Lola con un brillo en los ojos.

—Me quedo para disfrutar de los festejos. Sobre todo, de los desfiles de Moros y cristianos.

Lola aplaudió como una niña emocionada.

—¡Me parece fantástico! Hoy es jueves, así que tienes hasta el domingo para empaparte de todo esto.

Las calles estaban abarrotadas. Niños con globos, parejas que caminaban de la mano y grupos de amigos con cerveza en mano disfrutaban del ambiente. Los puestos de buñuelos y churros despedían un aroma dulce que se mezclaba con el aire salado del mar.

—Alfredo, si nunca has visto los desfiles, te van a encantar. Son un espectáculo impresionante. Cada detalle está cuidado para que parezca que estás en la época medieval.

—Me lo imagino, Lola. Dicen que recuerdan cuando Jaime I llegó a la ciudad y los moros le entregaron la fortaleza sin lucha. Me intriga ver cómo lo recrean.

Ella me miró con admiración.

—¿Sabes que cada año vienen más turistas solo para esto? Los caballos, camellos, dromedarios... incluso las trabucadas. Es como estar en una película.

Seguimos paseando hasta que las campanadas del reloj de la iglesia nos recordaron que era tarde, o más bien temprano. Miré el reloj: las tres de la madrugada.

—Creo que ha llegado el momento de volver a la pensión —dije con una sonrisa.

Lola asintió, pero luego hizo una pausa, como si algo importante se le pasara por la cabeza.

—Por cierto, Alfredo, ¿tú te alojas allí?

—Sí, claro, en Casa Juanita. Solo reservé una noche porque no esperaba quedarme más.

Ella soltó una carcajada ligera.

—Yo no me alojo en la pensión, aunque me encanta su salón para tomar el té. Tengo una casa cerca del mar. La compré a los pocos días de llegar a Peñíscola.

—¿De verdad? —pregunté, curioso.

—Sí. La casa es pequeña pero acogedora, y está en un lugar precioso. Me gusta la pensión por su ambiente familiar, pero mi hogar es mi refugio.

Lola me miró con una chispa traviesa en los ojos.

—Tengo una habitación libre. Podrías quedarte estos días en mi casa. De todas formas, ya pagaste la pensión solo para esta noche.

La idea me pareció de lo más natural en ese momento. Su tono era despreocupado, como el de alguien que realmente disfrutaba de la compañía.

—¿De verdad no te importa? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Encantada, Alfredo. —Me cogió de la mano con una risa contagiosa—. Anda, vayamos a por tus cosas.

El camino de regreso fue un desfile improvisado de carcajadas y comentarios sobre las luces de la ciudad. El aire fresco de la noche nos despejaba mientras la idea de quedarme en su casa me hacía sentir sorprendentemente cómodo.

—Entonces, ¿mañana me enseñas los secretos de Peñíscola? —pregunté mientras subíamos las escaleras de la pensión.

—Por supuesto. Tendrás la mejor guía. Pero te advierto que también soy exigente, Alfredo. Espero que estés a la altura.

—¿Exigente? —reí—. Bueno, confío en que podré seguirte el ritmo, Lola.

Ella me lanzó una sonrisa mientras recogía mis cosas de la habitación. Aquella noche no solo se prolongó un poco más, sino que marcó el inicio de un fin de semana que prometía ser inolvidable.

Capítulo 5: Despertar y Nuevos Encuentros

El apartamento de Lola era un lugar acogedor, lleno de detalles que hablaban de su buen gusto. Cada rincón parecía estar dispuesto con cariño, desde los cojines perfectamente alineados hasta los cuadros que adornaban las paredes, reflejando escenas marinas que evocaban la proximidad del mar.

—Es un apartamento precioso, Lola —dije sinceramente.

—Gracias, Alfredo. Ponte cómodo. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Estoy cansado. Mañana saldremos a desayunar y conocer la ciudad.

—De acuerdo, esa es tu habitación —dijo señalando una puerta al final del pasillo.

Nos dimos un beso en la mejilla como despedida.

—Buenas noches, Alfredo.

—Buenos días más bien —contesté riendo, consciente de lo avanzado de la hora.

Un despertar inesperado

Cuando desperté, la luz del mediodía ya inundaba la habitación. A mi lado, sorprendentemente, estaba Lola, dormida plácidamente. Llevaba un camisón carmesí transparente que dejaba poco a la imaginación. A pesar

de rondar los cincuenta años, estaba deslumbrante, con una elegancia natural que me dejó boquiabierto.

La observé durante unos segundos, hasta que, casi instintivamente, me incliné para besarla en el cuello. Ella ronroneó como una gata al despertar y murmuró en un susurro:

—¿Qué haces aquí?

—Dormir —respondí, divertido.

—Acurrúcame, anda —pidió en voz baja.

No hizo falta más. Comencé a acariciar suavemente su espalda y su cuello, dejando que mis manos exploraran cada detalle de su piel. Nos dejamos llevar por el deseo y la complicidad que había surgido entre nosotros desde el principio.

El almuerzo sorpresa

Eran las cuatro de la tarde cuando una llamada a la puerta rompió nuestra burbuja de intimidad. Lola se incorporó rápidamente.

—¿Quién será? —dijo, mientras se colocaba una bata ligera.

—Una sorpresa —respondí con una sonrisa traviesa.

Antes de que pudiera preguntar más, abrí la puerta para recibir al repartidor que traía el almuerzo que había pedido.

—Un buen almuerzo nos vendrá de perlas —le dije mientras colocaba los platos en la mesa del comedor.

Entre bocado y bocado, debatimos sobre temas de actualidad social, desde los avances tecnológicos hasta los desafíos políticos que atravesaba el país. La conversación fluía con naturalidad, como si nos conociéramos de toda la vida.

Encuentros en las fiestas

Al caer la noche, volvimos a salir para disfrutar de los festejos. La música, las luces y el ambiente nos envolvieron una vez más. Esa noche, entablamos conversación con una pareja que había venido desde Murcia específicamente para los desfiles.

Eran un matrimonio encantador. Él, secretario de un juez importante, y ella, una abogada de prestigio. Su conversación era interesante y cargada de anécdotas que nos hicieron reír y reflexionar a partes iguales.

—Esto es realmente una maravilla —comentó él, mirando las calles abarrotadas—. Es la primera vez que venimos a Peñíscola y ya nos hemos enamorado del lugar.

—Totalmente de acuerdo —añadió su esposa—. Aunque, por lo que cuenta Lola, parece que no todos los lugares tienen la misma magia. Lo del enano es... increíble.

Lola aprovechó para narrar su experiencia, detallando las peripecias que había sufrido con el enano de la venta. Al terminar, el juez secretario movió la cabeza, incrédulo.

—Eso es inaceptable. Parece una caricatura de película, pero es real. Me comprometo a hablar con algunos colegas para tomar cartas en el asunto.

Le agradecí en nombre de Lola y le di todos los detalles necesarios, incluido el nombre del infame personaje: Avelino Pito Fino, conocido como "el enano de la venta."

—No se preocupe —dijo el secretario—. Avelino tendrá lo que merece.

Nos despedimos con la promesa de mantenernos en contacto, incluso intercambiamos números de teléfono. La noche terminó con risas, música y un renovado sentimiento de justicia. Lola y yo caminamos de regreso al apartamento, sabiendo que esos días en Peñíscola estaban marcando un antes y un después en nuestras vidas.

Capítulo 6: Un Banquete de Justicia y Sarcasmo

La velada se había transformado en una especie de juicio improvisado y festivo, con Justiniano, el magistrado, como orador principal. Su energía era contagiosa, y el toque irónico que imprimía a cada palabra hacía reír incluso al camarero, que trataba de mantener la compostura mientras servía la mesa.

—¡Ortega, llame al comisario jefe de Oriente y Occidente, y si hace falta, que contacten a Trump y a la CIA! —ordenó Justiniano con teatralidad, mientras sacaba su smartphone de la americana—. ¡Ah! Y si eso no basta, avisen a Pepe Gotera y Otilio. Lo que haga falta para atrapar a ese Avelino Pito Fino. ¡Se juega usted la cabeza y los huevos, Ortega!

Mientras hablaba, gesticulaba con una copa de vino en la mano, logrando que unas gotas cayeran sobre su chaqueta.

—Es incomprensible, señora Lola. Su historia me ha dejado impactado —dijo Justiniano, volviéndose hacia ella con ojos inquisitivos—. ¿Cómo es que no han hecho nada hasta ahora?

—Señoría... —comencé yo, pero me interrumpió al instante.

—Lláname Justiniano, Alfredo. Nada de formalidades entre camaradas. Y tú, Lola, dime, ¿cómo acabaste soportando a ese desgraciado?

—Nos acabamos de conocer, Justiniano —dijo Lola con serenidad—. Pero Alfredo ha sido mi confidente estos días. Y no se preocupe, ese enano tendrá su merecido.

—Eso espero. Ahora, dime, ¿cómo te llamas tú? —preguntó dirigiéndose a la esposa que lo acompañaba, una mujer de unos treinta años con una presencia imponente.

—Libertina, señor Alfredo. Libertina Justiniano. ¿A que soy hermosa? —dijo con una sonrisa ladeada que mostraba unos dientes impecables.

Demasiado hermosa, pensé para mis adentros. Ella parecía percibirlo y me guiñó un ojo con picardía.

—Desde luego que lo eres —respondí, tratando de mantener la compostura.

—Gracias, Alfredo —contestó Libertina con un aire coqueto.

Revelaciones y risas

—Además, —soltó Lola de repente, mientras tomaba un sorbo de su copa — dicen que el enano enviaba cartas amorosas a varias mujeres del pueblo. Trataba de ganar su confianza con mentiras. Es un amargado, impotente y cochambroso. Incluso tenía la costumbre de tratar a los trabajadores de “gusanos.”

—¡Pero vamos, Lola! —gritó Justiniano, levantándose de su silla con un dramatismo que arrancó carcajadas en la sala—. ¡Ese tío es un asqueroso, un baboso de la peor calaña!

Golpeó la mesa con ambas manos, dejando caer un tenedor.

—¡Camarero! Tráigame una mariscada para cuatro y una botella de vino del Penedés. Ah, y avise a los músicos. ¡Que vengan a tocarnos algo! Déles una buena propina y páselo a mi cuenta. Que no decaiga la fiesta. Franco ya está muerto, ¡leñe!

Lola, entre risas, aprovechó para retomar el relato de su experiencia con el enano, lo que provocó más exclamaciones de indignación en Justiniano.

—Señor Alfredo, por lo que me cuenta, usted y Lola hacen buenas migas. Ambos solteros, ¿verdad?

—Bueno, yo soy “viuda” de un desaparecido —aclaró Lola con sarcasmo.

—¿Viuda de un desaparecido? ¿Cómo es eso? —preguntó Justiniano, genuinamente intrigado.

—Mi marido desapareció un día sin más. Dijo que iba a comprar cigarros y nunca volvió. Hace ya siete años. Quizás fue a por habanos a Cuba y se quedó para el sepelio de Fidel. Castro, quiero decir.

La carcajada de Libertina fue un estruendo que resonó en todo el restaurante.

—¡Ay, que me troncho, berroncho! —decía entre risas—. Lola, tienes cada cosa.

—Pues sí —continuó Lola—. No sé dónde está. Y mientras no aparezca o lo den por muerto, no puedo cobrar el seguro ni la pensión.

Libertina, aún recuperándose de la risa, añadió:

—Eso no te impide tener relaciones con otros hombres. Vamos, que el conejo hay que alimentarlo, querida.

—¡Libertina, por favor! —dijo Justiniano, mientras intentaba ocultar una sonrisa.

—Es broma, cariño. Eres mi morrito —respondió Libertina, besándolo en la barbilla.

El magistrado, visiblemente rendido ante los encantos de su esposa, alzó la copa.

—¡Por las mujeres como vosotras, que dais luz a este mundo lleno de sombras!

La cena continuó con anécdotas, bromas y promesas de que el enano recibiría su merecido. Al final, entre brindis y música, todos sentimos que, al menos por esa noche, las injusticias del mundo podían ser derrotadas con un poco de humor y camaradería.

Capítulo 7: El Festejo de la Justicia Divina

Después de la cena, el grupo se dirigió a la plaza central de Peñíscola, donde el bullicio y la alegría de las fiestas patronales estaban en pleno apogeo. Las luces de colores iluminaban la noche, los farolillos colgaban entre los balcones y la música resonaba con fuerza en cada rincón.

Justiniano, con su habitual aire de autoridad festiva, lideraba el grupo con Libertina del brazo, mientras Lola y yo caminábamos detrás, charlando animadamente.

—Este lugar tiene una magia especial, ¿verdad, Alfredo? —me dijo Lola, mirando alrededor.

—Sin duda. Aunque tengo que admitir que la compañía hace mucho —le respondí con una sonrisa.

En la plaza, los saludos no cesaban. El alcalde, el médico del pueblo, el farmacéutico y otras personalidades locales acudían a estrechar la mano de Justiniano, como si fuera el verdadero protagonista de las fiestas. Él respondía con un carisma arrollador, presentando a su esposa como “la joya de la corona” y alabando a Peñíscola como si fuera el epicentro del mundo.

—¡Vaya personaje! —me susurró Lola al oído, mientras intentábamos contener la risa al ver cómo el magistrado aceptaba un sombrero de paja que le ofreció un vendedor ambulante y lo colocaba en su cabeza con teatralidad.

La llamada inesperada

A eso de las diez de la noche, mientras Justiniano disfrutaba de un vino local y Libertina observaba interesada una demostración de danzas tradicionales, su teléfono comenzó a sonar. Él se apartó un poco del bullicio y contestó con tono solemne.

—¿Sí? ¿Quién habla?

—Ortega, jefe. Tengo noticias importantes.

Justiniano levantó una ceja y se alejó aún más del ruido.

—Hable claro, Ortega. Estoy en medio de una celebración.

—Señoría... —Ortega hizo una pausa para dramatizar—. El enano de la venta está muerto.

—¿¡Cómo que muerto!? —exclamó Justiniano, atrayendo algunas miradas curiosas.

—Sí, jefe. Parece que se despeñó con su coche en un barranco de la sierra norte. El vehículo explotó al llegar al fondo. No ha quedado nada reconocible, solo huesos. La autopsia la tuvieron que hacer en una cucharilla de café.

Justiniano se llevó la mano al pecho, entre el impacto y el esfuerzo por contener la risa que el surrealismo de la escena le provocaba.

—¿Cuándo ocurrió eso, Ortega?

—Hace tres años, jefe. La curva la cogió recta, según el informe. No había frenada. El forense dice que probablemente se quedó dormido.

—¿Y el alcohol?

—No había sangre para analizar, pero al examinar uno de los huesos salió un líquido marrón oscuro. Al analizarlo, resultó ser ron con Coca-Cola. Vamos, que iba borracho perdido.

Justiniano se quedó en silencio un momento. Luego, con una mezcla de asombro y satisfacción, respondió:

—Gracias, Ortega. Tómese algo de mi parte.

—Gracias, jefe.

Colgó el teléfono y permaneció pensativo unos instantes. Luego, con determinación, se acercó al centro de la plaza, donde los músicos habían comenzado a tocar una sevillana.

El anuncio triunfal

Justiniano subió al escenario improvisado, pidió el micrófono y, tras carraspear, llamó la atención de todos los presentes.

—¡Vecinas, vecinos, público en general! Tengo una noticia importante que compartir con vosotros.

La música se detuvo, y un murmullo de expectación recorrió la plaza.

—Acabo de recibir la confirmación de que Avelino Pito Fino, alias “el enano de la venta,” está muerto. ¡Dios le ha dado su merecido!

Un silencio momentáneo dio paso a un estallido de aplausos y vítores. Algunas mujeres se persignaron, mientras otras alzaban sus copas al cielo.

—¡Se acabaron sus fechorías, sus bravatas y sus insultos! —continuó Justiniano, con la voz llena de emoción—. ¡Las damas pueden estar tranquilas!

Hizo una pausa teatral, alzó su copa y añadió:

—¡Vamos a celebrarlo! El alcalde paga.

El regidor, que estaba justo al lado del escenario, cambió de color al escuchar la última frase. Su rostro pasó de la incredulidad al horror en cuestión de segundos.

—¡Cómo que yo pago! —susurró entre dientes.

Pero la multitud ya estaba eufórica, y el grito de “¡Invita el alcalde!” resonó por toda la plaza. Nikolas, el camarero del bar principal, comenzó a servir bebidas a diestro y siniestro, mientras el alcalde, resignado, murmuraba para sí:

—Ya lo pagaré de las arcas municipales. Lo pondré como “otros gastos.”

Una celebración memorable

La música volvió a sonar, y la fiesta continuó con más fuerza que antes. Justiniano, con su sombrero de paja, lideraba los bailes, mientras Libertina repartía abrazos a quien se acercara.

—¿Qué opinas de todo esto, Alfredo? —me preguntó Lola, que no podía dejar de reírse.

—Que pocas veces en la vida se vive una noche como esta.

La noticia de la muerte del enano de la venta parecía haber liberado al pueblo de un peso invisible. Las copas se alzaban, las risas llenaban el aire, y por un momento, todos compartimos la sensación de que la justicia, divina o no, había hecho su trabajo.

Capítulo 8: La Revelación de Lola y la Fiesta del Descanso

Lola, Alfredo y Libertina seguían inmersos en una noche de risas y complicidad. Justiniano, más eufórico que nunca, recorría la plaza como un torbellino, repartiendo abrazos, parabienes y algún que otro puro habano a los hombres del pueblo que consideraba “caballeros de bien.”

—¡Estarás contenta, Lola! —gritó Libertina, mientras le guiñaba un ojo exageradamente a Alfredo.

Alfredo, divertido, no pudo evitar notar el movimiento repetitivo de aquel guiño. Se acercó a Libertina con un pañuelo blanco, impoluto.

—Deja que te mire el ojo. Ese guiño podría ser un tic nervioso, querida.

—¡El ojo, dice! Anda, anda, ven aquí pillín. —Libertina lo abrazó efusivamente y le estampó dos sonoros besos en las mejillas.

Alfredo, algo sonrojado pero divertido, respondió con una risa nerviosa, mientras Lola los miraba con una ceja levantada, disfrutando del espectáculo.

La mañana siguiente: un giro inesperado

El sábado comenzó tarde para Alfredo. Despertó a las doce del mediodía, el cuerpo algo pesado por las copas de la noche anterior, pero la mente activa, dando vueltas a los eventos recientes. Con una taza de café en la